

FUNDACIÓN EMILIO KOMAR
JORNADAS 50 años después de Mayo del '68

El Mayo Francés y el Romanticismo

Dr. Ignacio Leonetti

“En nosotros o en ninguna parte está la eternidad con sus mundos”

Novalis

El Romanticismo es un fenómeno muy complejo que acontece en la historia de la cultura y el pensamiento de Occidente desde fines del s. XVIII. A partir de ese momento, el pulso existencial y metafísico tanto del hombre como de la misma civilización están atravesados por los ideales centrales que aquel movimiento enarbolara desde sus inicios. Entre ellos podemos destacar la pasión por la profundidad abismática en el alma humana, el *pathos* estético, la violencia y la destrucción como generadores de nuevas realidades.

Hasta nuestros días continuamos recibiendo, aunque más no sea de modo subterráneo, la savia de estos presupuestos. Los acontecimientos filosóficos y culturales, socio-políticos y económicos de la Europa de la década de 1960, atestiguan y evidencian una manifestación más del proceso.

Sin embargo, otro medio siglo ha pasado y seguimos preguntándonos si ése es o era el camino correcto. ¿En qué medida las utopías consecuentes con aquel *pathos* íntimo y abismático cumplen lo que prometen?

El romanticismo en su diversidad y matices representa un fenómeno relativamente inasible. Una posible definición de este movimiento estaría dada en la idea y experiencia subyacente a todo fenómeno romántico de la validez suprema del sentimiento humano, entendido este como explosión de la subjetividad libre, y la consecuente coherencia personal con el mismo y sus consecuencias. A partir de esta idea el mismo romanticismo derivó un concepto de autenticidad que llega a nuestros días. Lo importante no está centrado en la orientación hacia la verdad de los actos humanos sino en comprobar que se desprendan rectamente de la intención que el individuo ha trazado al inicio del camino. Así, nos encontramos ante el imperio de la voluntad personal y el sentimiento. Esta situación ofrecerá a la historia, a la cultura y al mundo del pensamiento un nuevo giro sobre la interioridad de un hombre que anhela la sofisticación y la complejidad de lo que cree profundo por el solo hecho de encontrarlo e investigarlo en su interior.

El fundamento de lo que expresamos lo podemos hallar en el pietismo alemán del siglo XVIII, en su experiencia religiosa y en la vivencia de cierto intimismo sentimental con Dios:

[...] El pietismo [... tenía] un énfasis en la vida espiritual, un desprecio por el aprendizaje, por el ritual y la forma, por la pompa y la ceremonia, y se le daba una tremenda importancia por la relación personal del alma humana doliente individual con su creador [...] Se dio una retirada hacia lo profundo.¹

Esta idea de profundidad será entendida como sinónimo de abismo e infinitud impersonal.

De esta manera será para el romanticismo un signo de originalidad la vivencia que tenga el hombre -en tanto sujeto autónomo y pleno poseedor

¹ BERLIN, I. *Las raíces del romanticismo*. Trad. Marí, S. Ed. Taurus. Bs. As. 2015. p. 69.

de sus capacidades- en lo referente a la intimidad con lo divino, subjetivado por él mismo en el sentimiento y la voluntad.

En palabras de Isaiah Berlin, son tres los fundamentos de Occidente sobre los cuales el romanticismo dirigió sus ataques para constituirse tal vez en su propia superación: que toda pregunta puede responderse; que las respuestas a las mismas son cognoscibles y pueden enseñarse; y que esas respuestas se articulan entre sí en un todo compatible para evitar el caos.² En este proceso de socavamiento de la causalidad que rompe los lazos entre los hechos humanos, las cosas del mundo, las vivencias espirituales, etc. está marcado por una fuerte impronta ilustrada. Es la Ilustración la que da paso al Romanticismo llevando a la cultura al terreno del intimismo gobernado por la pasión, el arte y la voluntad.

Ahora bien, en la experiencia romántica del abismo es dónde encontramos esa pasión auténtica que marca el pulso vital del hombre y de su tiempo. La misma es una vivencia de interioridad que se funde con el misterio del cosmos y la naturaleza. Es el sentido oceánico al que han referido varios autores de diversas disciplinas en el que el sujeto romántico voluntariamente desea sumergirse en el frenesí de la acción y que Berlin piensa como núcleo esencial de este proceso: “(...) *la voluntad y el hombre como acción, como algo que no puede ser descrito ya que está en perpetuo proceso de creación; y no es posible siquiera decir que está creándose a sí mismo, ya que no hay sujeto, sólo hay movimiento.*”³ El movimiento perpetuo nos coloca, paradójicamente, en el centro de una disolución que es entendida como plenitud y estancia⁴. El alma se compenetra de su

² Cf. BERLIN, I. *Las raíces del romanticismo*. Op. Cit. pp. 51-52.

³ *Ibíd.* p. 191.

⁴ Aprovechamos el término “estancia” para mencionar el conocido trabajo de Agamben que lleva ese nombre. En el Prefacio, el autor ya esboza su tesis: los poetas medievales consideraban al núcleo de su poesía como la estancia amorosa en la que el hombre es contenido y vuelto pleno por medio del goce. Para Agamben, la escisión entre palabra poética y la palabra pensante de la filosofía posterior ha hecho que se desequilibre ese eje con el fatídico resultado de no poder poseer plenamente el objeto de conocimiento. Con ello se desemboca en la añoranza por lo ausente y el desprecio por lo presente, característica típica del acidioso y el nostálgico cuyo cénit se alcanza en la crítica. Cf. AGAMBEN, G. *Estancias*. Trad. Segovia, T. Ed. Nacional. Madrid. 2002. pp. 11-12.

propia acción creadora, buscando ser la imagen de Dios que crea incesantemente.

Ciertamente que estadios posteriores del Romanticismo han disuelto la presencia aún del Dios de los sentimientos. La secularización racionalista de la que también da cuenta este movimiento nos ha dejado al hombre solo con su *pathos* y su sentimentalidad que se explicitan en una acción que se cumple en el frenesí de sí misma. No podemos negar que este activismo se ha cumplido en el fervor de las revueltas estudiantiles del '68 llevando adelante la consigna simple o simplista de la subjetividad como bandera contra la tradición o la generación anterior, injustamente tratada como fracasada. También en estos procesos puede observarse la experiencia del sentimiento que aborrece de las causas de la realidad para concentrarse en sí mismo

Aunque nos deje perplejos, en el centro de esa oscuridad que es abismo, intimidad y sentimiento encontramos a Kant, autor que fuera un enconado enemigo del movimiento juvenil romántico de su tiempo.

Kant sostiene la autonomía del sujeto como es sabido. La libertad absoluta es el fruto al cual tiende la razón pura kantiana. El deber y la intención rectificadas por él persiguen una libertad que sea fruto de la razón autónoma. Libertad, voluntad y razón liberadas de las tutelas desembocan en la barbarie pero también nos conducen a la fundamentación del existencialismo sartreano que fuera vital en la gestación de las revueltas estudiantiles.

Para Kant el hombre, desde su libertad, está llamado al dominio: despojarse de toda autoridad y tratar a la naturaleza como material plástico gobernado por el dictado preclaro de la razón que, siendo Pura y Práctica, constituye la realidad más elevada de este mundo. Por todo esto, el hombre es un fin en sí mismo.

Kant se ocupa de este tema en la *Crítica del Juicio (Kritik der Urteilskraft – KU- 1790)*. Esta obra viene a concluir la búsqueda que el autor se había

trazado en sus dos críticas anteriores, tendiendo un puente entre la teoría y la praxis a partir del juicio reflexionante del hombre en el contexto de la técnica como lugar de confluencia.

Como la ponencia no versa sobre este tema específicamente, aquí no lo desarrollaremos. Diremos que la problemática se plantea en pensar la relación de esos dos “ámbitos” de mundo que comprenden la naturaleza con su necesidad y la libertad humana, absolutamente libre desde su fundamento incondicionado. La respuesta a esta relación se encuentra en la justificación de la preeminencia del hombre por encima del resto de la naturaleza no solo por ser el ser viviente más poderoso dada su razón sino también porque gracias a esta misma inteligencia es capaz (él solamente) de entender racionalmente por qué todo se ordena a sí mismo.

La posibilidad de la unión o al menos el tránsito (*Übergang*) entre ambos planos puede ser establecido en el contexto del mencionado juicio reflexionante. Por él, el hombre puede acercarse a aquello “suprasensible que yace en el fondo de la naturaleza” y que no es objeto de conocimiento tanto de la razón teórica como de la práctica. En la reflexión íntima, basada en lo incondicionado, subyace en definitiva la justificación objetiva y la comprensión antropológica de las causas del ordenamiento y la arquitectónica de lo natural.

En ese abismo del “tránsito” el hombre intuye el mundo de lo incondicionado que justifica su libertad que es, precisamente, la herramienta para ponerse en ese lugar de preeminencia. El hombre reina cuando su razón domina lo sensible en el seno del mismo abismo de aquella alma voluntarista del romanticismo que intima consigo misma creando mundos apasionadamente.

Quedando demostrada la posibilidad de esta libertad absoluta, necesitamos relacionarla especialmente con el existencialismo sartreano que mencionamos arriba. Aquí no será desarrollado, pero sí consideraremos que Sartre ve como en el negativo de una película aquel optimismo secreto que Kant legaba a la humanidad. Lo incondicionado de

la libertad no hace más que justificar el absurdo de un mundo que no tiene sentido si lo separamos de ella. La libertad es creadora, la libertad es acción, la libertad se conecta en su raíz profunda con el mismo abismo que el Romanticismo presiente en el fondo de todas las cosas. Para el pensador de Königsberg esto representaba el enaltecimiento de la autonomía de la Razón Pura, para Sartre es la confirmación que la libertad es una condena que constantemente nos está devolviendo a la acción. Esa libertad es la que nos crea la ilusión de una divinidad que tenemos que asumir ante la ausencia o la pérdida del Paraíso (en este punto tendríamos que abrir otra de las grandes puertas constitutivas del Romanticismo que es la nostalgia, también fuertemente presente en los levantamientos del '68).

Fabricar sentido y crear Paraíso son las acciones esenciales de este espíritu que de forma fatigosa y estéril se abre paso en este mundo. Para lo cual se impone la necesidad de buscar nuevos órdenes y fortalecer las utopías. Hay que cobrarle al mundo la inmensa deuda que ha contraído con los hombres. La misma consiste en habernos traído a él haciéndonos culpables de su propio absurdo.

Debemos trazar entonces un hilo conductor desde el Romanticismo de los pietistas del s. XVIII hasta Sartre y los movimientos del '68. Pasamos por las instancias intermedias de Hegel y la disolución del individuo, de Schopenhauer y la primera intuición genealógica de la voluntad que todo lo constituye, de Nietzsche y lo dionisiaco que fundamenta su voluntad de poder. Todos ellos son gestos del Romanticismo. También incluimos allí a los socialismos de cuño variado que liberan al hombre en el sentido que Kant pensó respecto de la autoridad, arrojándolos a otras servidumbres.

Así nos plantamos en lo que tal vez sea el gran tema de fondo, que es el nihilismo. La gran paradoja es que el sustento que se presenta es precisamente la ausencia de ser, el "sin fondo" de aquello incondicionado. Nos preguntamos ¿cómo puede ser fundamento lo que por definición no tiene fondo (*grundlos*)?

Acaso esta misma paradoja sea la respuesta al resultado de todas aquellas revueltas románticas, dotadas de una gran efervescencia pero carentes de sustento real para justificar un aliento productivo en la historia.

En mayo de 1968 afloraron las tradiciones románticas del rechazo a la sociedad industrial pero en términos más profundos la juventud centró el mismo rechazo en una base pulsional que nos recuerda la pasión del romántico por el caos de las profundidades abisales. Estábamos ante la puja del deseo que luchaba por abrirse paso como “nuevo yo”.

Los pensadores que animaron esta consideración, referentes especialmente del Freud-marxismo, introyectaron el drama social de la dialéctica del amo y el esclavo en la intimidad psicológica de los jóvenes. Las energías y pulsiones propias subyacen reprimidas por el “super-yo” pacato y rigorista de una generación de mayores que no sólo atrasaba en modales sino que también había demostrado a la historia su fracaso para evitar las guerras mundiales. La libertad, entonces asume las prerrogativas de la liberación y el pacifismo. La consigna es la lucha por esa libertad que independiza de las viejas formas y pone (muy ilustradamente) en las manos juveniles el destino y el cumplimiento del deseo propio.

Creemos que en este sentido necesitamos entender las rebeliones tanto políticas como culturales de la época. En la vivencia de ese *pathos* – repetimos, sustentado en el abismo nihilista-, en la búsqueda ansiada de lo imposible como meta podemos entrelazar las raíces románticas de nuestro tiempo con la explosión de las experiencias sensoriales del ácido lisérgico o el batallar por las utopías que nacían desde la rebelión impuesta por el rock & roll.

Las bandas de rock icónicas de la época representaban y vendían muy bien la imagen de chicos rebeldes. Antes que los Beatles llegaran a su etapa de experimentación musical ya plantearon estos temas en el frenesí de sus ritmos y en lo alocado de sus giras y fans. Pero fundamentalmente lo hicieron cuando desde el principio, con gran cinismo, enfundaron su

revolución en impecables trajes que sentaron un estilo para siempre. Los Rolling Stones bordearon siempre toda la problemática sexual y su liberación desprejuiciada. Tanto fue así que osaron posar trasvestidos en varias performances y fotos. Pero, quizá, el mejor ejemplo de lo dicho lo constituye el conjunto The Who. No solamente fueron espectacularmente nihilistas a la hora de destruir instrumentos en escena (tal vez los primeros en hacerlo), sino que puntualmente en su canción *My generation* de 1965 se manifiesta el rechazo a los padres y el espíritu revoltoso que defiende con orgullo no tener salida a su situación. Quejándose de la supuesta discriminación que sufre el joven, en la canción se responde que “quiero morir antes de ser viejo”. Tal vez, este haya sido el momento en el que con mayor impulso se difundió la dialéctica postmoderna de “joven- viejo” sentando las bases esenciales de la pujanza natural con la que el joven puede defenderse e incluso someter a lo que considera viejo.

Por aquí, tenemos que entender también la voluntad de la vinculación del joven con la naturaleza que se despliega en la época. La liberación erótica de la naturaleza. El hipismo, Woodstock, el orientalismo en sus diversas formas, asumen la vocación por conectarse y fundirse con las raíces que son fuente del hombre. No es novedad, ya Herder y Schopenhauer habían dado muestras claras del retorno a la naturaleza, solo que aquí los estudiantes rebeldes –herederos de estos autores tal vez sin saberlo– quieren fundirse con el vital pulso de las corrientes subterráneas y también aunar fuerzas políticas con el proletariado desclasado. La identificación naturalista con el medioambiente se expresa políticamente en el materialismo, es la voz del “Ello” haciéndose lugar en clave social, despertando de la opresión.

No deja de ser paradójico, por lo demás, que una corriente que nace de la vocación por la autonomía de la razón encuentre su término en una inteligencia que se funde con la vida biológica hasta desaparecer en ella.

Rudiger Safranski, con mucha lucidez, afirma que el Mayo Francés no fue causa de movimientos revolucionarios sino su síntoma.⁵ Rebeliones profundas que el Romanticismo ya alimentaba hacía décadas y que ya venían reconfigurando el seno de la sociedad occidental y sus vínculos eran la verdadera causa que desemboca en el período que estamos pensando. Para el autor (que se permite parafrasear a Marx) el Mayo Francés fue la repetición como farsa de la revolución de Lenin que dio buena muestra de su pérdida efectiva por arraigarse o dar cuenta de la realidad.

En este sentido quedamos advertidos que el romanticismo separado de esa realidad es muy peligroso porque decide resolverse en su propio fundamento que es la pasión abismática de lo subjetivo, pasión que puede transformarse en sistema. El romanticismo puede llevar a los mismos ideólogos a profundizar y esclerosar sus estructuras. Pero nos preguntamos, ¿hasta qué precio puede pagarse el cumplimiento de una idea pensada desde el voluntarismo romántico que niega y destruye la realidad? El romanticismo no teme a la aventura, los primeros románticos lo ejemplificaron lanzándose a la mar en viajes al infinito. Pero es deplorable que miles de personas sean arrastrados por la consumación de una apologética que sólo se representó un líder en su mente y en su *pathos*. Dice Safranski: “(...) la vida se desertiza cuando queremos vivir algo a cualquier precio, incluso al precio de la destrucción y de la propia destrucción, simplemente por el hecho de habérselo representado.”⁶

El “prohibido prohibir” termina en catástrofe para el que asume en su vida semejante precepto de libertad desbocada y atolondrada, ingenuamente atolondrada, ingenuamente confiada en la bondad de los sentimientos. Era demasiado para una juventud que sentía,

⁵ Cf. SAFRANSKI, R. *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Trad. Gabás, R. Tusquets Ed. Bs. As. 2009. p. 348 y ss.

⁶ *Ibíd.* p. 353.

experimentaba que disponía de un mundo liberado de “las ataduras” de la causalidad y de la tradición.

Han pasado 50 años de aquellos acontecimientos que delinearon las generaciones futuras hasta nuestros días en el espíritu de una liberación ilusoria que depende de los arroyos subterráneos del vitalismo y la voluntad. Hoy nos urge preguntarnos en qué quedaron y qué causas generaron y siguen produciendo los movimientos rebeldes. Pienso en tantas expresiones culturales y contra-culturales como el rock, muchas veces promotores del nihilismo a través de la apología de la destrucción. ¿Qué pueden decir sus líderes, ya septuagenarios pero disfrazados de veinteañeros aún hoy? ¿Cómo continuar jugando a la rebeldía sin causa desde sus suntuosas mansiones hace tiempo adquiridas, lucrando con los regresos eternos, paseando en sus costosos autos exóticamente decorados? ¿Qué ha ocurrido con tantos jóvenes que fueron influidos por todo esto? ¿Qué hacen? ¿Dónde se encuentran? ¿Habrán abjurado del peligro de coquetear con el precipicio o habrán asumido este vértigo hasta las últimas consecuencias? Y por último, ¿en qué momento los rebeldes se plegaron al capitalismo tardío que también absorbe románticamente a la misma revolución?

El Romanticismo, en tanto espíritu del tiempo, absorbe estos extremos en su abismo inexpugnable.

A propósito de las rebeliones nihilistas nos enseña Albert Camus:

“(...) Toda libertad humana, en su raíz más profunda, es, por tanto, relativa. La libertad absoluta, que es la de matar (...) se separa entonces de sus raíces, anda a la ventura, sombra abstracta y maléfica, hasta que se imagina encontrar un cuerpo en la ideología (...) En el mundo actual sólo una filosofía de la eternidad puede justificar la no-violencia.”⁷

⁷ CAMUS, A. *El hombre rebelde*. Trad. Echávarri, L. Ed. Losada. Bs. As. 2003. pp. 263 y 265.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G. *Estancias*. Trad. Segovia, T. Ed. Nacional. Madrid. 2002.

BERLIN, I. *Las raíces del romanticismo*. Trad. Marí, S. Ed. Taurus. Bs. As. 2015.

CAMUS, A. *El hombre rebelde*. Trad. Echávarri, L. Ed. Losada. Bs. As. 2003.

KANT, I. *Crítica del Juicio*. Trad. Rovira Armengol, J. Ed. Losada. Bs. As. 2005.

ROSSET, C. *Schopenhauer, filósofo del absurdo*. Trad. Mattoni, S. Ed. El Cuenco de Plata. Bs. As. 2012.

SAFRANSKI, R. *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Trad. Gabás, R. Tusquets Ed. Bs. As. 2009.

SALVI TURRÓ. *Tránsito de la naturaleza a la historia en la filosofía de Kant*. Ed. Anthropos. 1996. Barcelona.